



Cuidado,

una noción ambivalente para
un mundo indeterminado.

Prácticas y discursos en
la caficultura de Nariño

En una mañana, con Luz, una mujer campesina caficultora de la región norte de Nariño, recorremos los lugares emblemáticos del municipio de Taminango hasta llegar al cerro ‘Pan de azúcar’. Ella decidió llevarme allí porque es un lugar de peregrinación al que podíamos llegar a través de varios cultivos de café que quería mostrarme. La mayoría de ellos están en medio del bosque. Hace unos años, apareció una silueta de una virgen dibujada sobre una piedra en la que hicieron un pequeño altar. En este mismo cerro realizaron exploraciones para la explotación de minerales e hidrocarburos, actividades que amenazan el cuidado del agua y el bienestar de los suelos, como enfatizó Luz. Esta es una zona predominantemente agrícola y de auto subsistencia.

En la cima de aquella montaña hay varias placas y objetos que los peregrinos han dejado para marcar sus promesas; la mayoría para pedir buena salud, buena cosecha y buen precio para el café. El plan de la comunidad de la zona es construir una capilla arriba de esa montaña. Marcar su sacralidad religiosa es también una manera de marcar su sacralidad ambiental. La tarde anterior, en un taller de cartografía con los vecinos, varios campesinos me contaron sobre los encantos que tiene el cerro y el cuidado que hay que tener. Entre algunas historias, me contaron sobre una gallina de oro que se le aparece en los caminos a la gente avara para hacerlos perder. Así le pasó a un vecino que quería arrendar un espacio de su finca, cuando estuvieron buscando sitios de prospección para sacar petróleo.

Articulación del cuidado en múltiples mundos de valor

La masificación del consumo de café especial¹ ha generado cambios importantes en el paisaje de Nariño, así como en las prácticas de cultivo, comercialización y organización política y ambiental. A través de narrativas en torno al cuidado ambiental y el bienestar comunitario, las comercializadoras han configurado un nicho de producción y consumo que se sostiene en las condiciones de incertidumbre en la tenencia, el endeudamiento para

1. Tomando los criterios de la Specialty Coffee Association (SCA) podría definirse como un café de buena preparación, de un origen único y sabor distintivo. Las condiciones geográficas y climáticas permiten la producción de granos a los que se asocia una identidad territorial. Como indicaba el presidente ejecutivo de la SCA en 1998 ‘un café especial es un café que ha sido debidamente cuidado’. En línea <https://www.utp.edu.co/cms->

adquirir insumos o fertilizantes, y la dependencia estacional de un producto comercial para percibir ingresos.

Las fincas, de una hectárea en promedio, están conformadas por parcelas dispersas. Las prácticas de sostenimiento familiar son un conjunto de actividades relacionadas con el cuidado ambiental para el sostenimiento de los ciclos de composición y descomposición que nutren la agricultura campesina. Estas prácticas constituyen el funcionamiento de aquella dispersión como unidad. Dichos ciclos se expresan en los procesos de descomposición, producción estacional, bienestar de los suelos o, incluso, la religiosidad católica.

Las comercializadoras nombran estas relaciones como criterios de calidad que conforman el café especial. Entre estos se cuentan la procedencia exacta, los procesos artesanales de beneficio del grano y los aportes ecosistémicos de la agroecología campesina para el cuidado del bosque nativo, el agua y la regeneración del suelo. Para el conjunto de actores que articulan la comercialización y consumo, dichas prácticas, nombradas a través de narrativas del bienestar comunitario, se engloban en una idea de calidad basada en el cuidado de los modos de vida campesinos.

Para las comercializadoras, y sus prácticas de trazabilidad, la calidad es garantizada por la localización de microlotes que clasifican la procedencia de granos de alta calidad, con características exclusivas en función de las condiciones del terreno del que provienen. Esta noción transforma las condiciones de incertidumbre en la tenencia, el hacinamiento productivo y la vulnerabilidad al cambio climático en criterios de exclusividad. Esa operación es posible a través de los usos discursivos del cuidado que asocian exclusividad con pequeña producción, cuya garantía son aquellas condiciones agrarias desiguales que caracterizan la distribución de la tenencia y los usos del suelo en la región. Microlote refiere tanto a la pequeña extensión de las parcelas de donde se obtiene el café, como al perfil de taza que obtiene cada cosecha después de su evaluación en el proceso de catación.

Las escalas territoriales, actores y relaciones que se establecen para producir café especial, están intrincadas en una compleja red de interdependencias entre humanos, no-humanos y sus múltiples entendimientos sobre la naturaleza. Así mismo, están intrincadas múltiples formas de evaluar, de construir nociones sobre lo que es

valioso, y de repertorios para cuidarlo. A esto último me refiero con la idea de ‘mundos de valor’². Múltiples formas de cuidado pueden apoyarse y minarse simultáneamente, sobre todo cuando están embebidas en contextos ecológico-políticos más amplios (Rahder 2020, pág. 203). Tomemos, por ejemplo, el aprendizaje sobre el cerro Pan de azúcar.

Dos dimensiones analíticas del cuidado

El cuidado, como una articulación de discursos y prácticas globales y locales sobre el bienestar y la naturaleza, invita a pensar la construcción de lo colectivo más allá de la incidencia humana. Analizar los usos ambivalentes del cuidado es clave para una lectura territorial sobre lo colectivo. Expongo dos dimensiones analíticas para problematizar los intercambios entre mundos de valor en la construcción de nociones como naturaleza o bienestar:

Como afirma Puig de la Bellacasa (2017), el cuidado ha sido pensado a partir de los vínculos trabajo/labor, afectos/emociones y ética/política. Una dimensión del cuidado ha sido abordada por la literatura, que se ha centrado en las labores del cuidado asociadas al trabajo feminizado. Los estudios y las luchas feministas han buscado desencianlar esta noción formulando dimensiones éticas del cuidado que permitan visibilizar ambivalencias en la interacción entre subjetividades y acciones³.

Estos debates han sido antecedentes de conceptos como la economía del cuidado que, en Colombia, tiene protagonismo en la política pública sobre el acceso a la propiedad rural. Sepúlveda (2017) afirma que, en el plano gubernamental, la narrativa del desarrollo humano ha guiado la construcción y reconocimiento de políticas del cuidado, a través de mecanismos y miradas economicistas. Esto ha implicado la esencialización del cuidado como una actividad que

2. Esta noción me gustaría usarla a propósito de los trabajos de Kockelman (2015) sobre la inconmensurabilidad y los valores portables entre pollos, humanos, entidades cooperación y turistas en constante interacción en una comunidad Maya de Guatemala. El trabajo de Besky (2020), quien problematiza la multiplicidad de formas de construir valor en la calidad y el consumo de té en India, también es una referencia clave en el tema. Ambos problematizan la multiplicidad de entendimientos sobre la naturaleza y la construcción de nociones y prácticas acerca de lo que es valioso.

Fuente: utp/data/bin/UTP/web/uploads/media/comunicaciones/documentos/Articulo-QUE-ES-UN-CAFE-ESPECIAL.pdf Consultado 08/02/2021.

3. Ver al respecto los trabajos emblemáticos de Fisher y Tronto (1990), Guilligan (1982), además de la revisión que hace Puig de la Bellacasa (2017).

recae en las mujeres⁴. De esta misma forma, el cuidado está presente en los discursos de entidades de cooperación para el desarrollo que

4 Un ejemplo de este proceso se puede observar paradójicamente en los instrumentos para garantizar el acceso a la propiedad formal de las mujeres rurales producto del Acuerdo Final (2016) por medio del decreto 902 que reconoce la economía del cuidado como el aporte del trabajo femenino en la economía familiar y campesina, y establece los mecanismos para priorizar los procesos de dotación y formalización a través de las mujeres rurales. El cuidado se reconoce esencialmente como un trabajo femenino.

usan la producción de café especial como una estrategia de intervención, a través de narrativas sobre la sostenibilidad ambiental y el bienestar comunitario. En esta intersección se sitúan las comercializadoras internacionales y los circuitos de consumo de especialidad sostenidos a partir de relaciones multiescalares y multiespecie, y estructurados desde las fincas en Nariño hasta las cafeterías de Kreuzberg en Berlín o los Aeropuertos de Chicago.

Un ejemplo de estas relaciones es el ciclo de producción de abono y cuidado del suelo que sostienen entre los cuyes, la hierba, los microorganismos y Lucio, en el municipio de

San Lorenzo. En un recorrido por la finca, Lucio me explicaba que, para cuidar del suelo, debía mantener cuyes. A partir de mi experiencia con Lucio, los ciclos de cuidado que sostienen la vida campesina y el café especial, fueron muy claros. A través de un sistema de canales, las heces de los cuyes se colectan para ser procesadas como abono del café. Con ayuda de microorganismos y micorrizas, que él toma del bosque y luego reproduce, las heces se transforman en abono. En la parcela donde está cultivado el café, crecen también las distintas hierbas con las que alimenta a los cuyes que son para el consumo familiar o la venta local. Estas hierbas, como otros árboles frutales y endémicos, no solo generan sombra para el café y el suelo, sino que dan un toque de sabor particular al grano. Muestra de ello han sido los perfiles de taza que obtiene cuando evalúan su café a través de las ruedas de sabor como dispositivo técnico de clasificación para la venta en el mercado de ‘microlotes’. Esta clasificación sitúa su producto en las coordenadas de compradores como *Café Imports*, en Berlín, o *Stumptown*, en Chicago.

La segunda dimensión del cuidado que me gustaría abordar, está relacionada con un elemento clave para los contextos rurales en Colombia. El cuidado de la tierra hace parte de un conjunto de relaciones que tienen comunidades indígenas, campesinas y raizales para la reproducción de la vida colectiva y del territorio, como afirma Ulloa (2017). Esas relaciones se basan en la distribución de roles,

“El cuidado, como una articulación de discursos y prácticas globales y locales sobre el bienestar y la naturaleza, invita a pensar la construcción de lo colectivo más allá de la incidencia humana”

así como en estrategias de conservación y producción donde las mujeres tienen protagonismo en el liderazgo de procesos de defensa ambiental y territorial. En la región norte de Nariño, las organizaciones de mujeres han sido protagonistas en la defensa de los derechos agrarios, territoriales y políticos del campesinado. Sus luchas articulan el cuidado del medio ambiente, los vínculos comunitarios y la defensa del territorio, enfrentando las desigualdades de género y los estreñimientos del mercado a través de organizaciones de escala regional, como el Comité de Integración del Macizo (CIMA). En este caso particular, destaca la resistencia contra la gran minería, cuyas consecuencias en los ecosistemas, agua y medios de vida campesinos, son avasallantes. Estas dos dimensiones del cuidado permiten visibilizar sus ambivalencias incluyendo las relaciones de poder, control y dominio. El cuidado es un elemento clave para pensar la gestión territorial al permitir reconocer los intersticios que conectan múltiples mundos de valor, prácticas y definiciones de naturaleza intrincadas en un paisaje. Por supuesto, reconoce también una dimensión ética integral y una preocupación por lo colectivo; su definición expandida no se limita a ciertas dimensiones de lo humano. Así mismo, el cuidado debe partir de una definición que desestabilice las jerarquías que relegan lo no-humano a recursos para ser aprovechados, en el caso de una lectura tradicional de la agricultura. Este tipo de organizaciones y prácticas estarían guiadas por lo que Rahder (2020) define como *Compost Politics*: un tipo de práctica para construir relaciones de gobernanza a partir de modos de cuidado, producción de conocimiento y construcción de sentidos de lugar que transforman el paisaje en contextos donde intervienen múltiples escalas conectadas a través de un producto, como en el caso de Nariño.

El reto es situar al cuidado no sólo como una dimensión analítica ambivalente, sino como una dimensión ética que guíe la construcción política y pragmática de formas de habitar en las ruinas

(Tsing, 2017). Un punto de partida es el cuestionamiento de los sentidos de explotación de la naturaleza sobre los que organizamos y producimos nuestros mundos. Reconocer las interdependencias del cuidado entre humanos y no humanos, puede ser una forma de soñar con políticas de la naturaleza⁵ donde se articulen prácticas que problematicen órdenes productivistas y voraces del mercado y el capital. Estas reflexiones nos llevan a plantear la necesidad de preguntarnos de manera constante ¿Cuáles son las historias que incluyen la participación no-humana en el devenir común?

5. Tomo esta idea del trabajo de Bruno Latour (2014) para hacer referencia a los modos de comprensión del mundo que sitúan humanos y no humanos en desigualdad, otorgando la custodia y el derecho de explotación de los primeros sobre los segundos. Así se construye una concepción de naturaleza que posibilita su explotación y usufructo. El trabajo de Laura Ogden es una descripción etnográfica de políticas de naturaleza que tienen claras expresiones en el paisaje de los *Everglades*. En *Swamplife* muestra cómo los usos del suelo se han transformado a partir de distintos repertorios la naturaleza y la legalidad. Su trabajo evidencia que no todos los humanos y no humanos tienen el mismo rol de dominio, ni el mismo poder discursivo en la construcción de narrativas sobre el paisaje.

Referencias

- Besky, Sarah (2020) *Tasting Qualities. The past and future of tea*: University of California Press.
- Fisher B, Tronto J (1990) *Toward a Feminist Theory of Caring*. En Abel, Emily y Nelson, Margaret. *Circles of Care*. Nueva York: University of New York Press.
- Gilligan, C. (1982). *La moral y la teoría, psicología del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kockelman, Paul (2016) *The chicken and the quetzal. Incommensurate ontologies and portable values in Guatemala's cloud forest*. Durham: Duke University Press.
- Latour, Bruno (1999) *Politics of Nature -How to bring the sciences into democracy*, Harvard University Press.

- Ogden, Laura (2011) *Swamplife. People, gators, and mangroves entangled in the Everglades*. Minneapolis, Minn.: University of Minnesota Press.
- Puig de la Bellacasa, María. (2017) *Matters of care. Speculative ethics in more than human worlds*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Rahder, Micha (2020) *An Ecology of Knowledges. Fear, love, and technoscience in Guatemalan forest conservation*. Durham: Duke University Press.
- Sepúlveda Sanabria, Ivette (2017) *Políticas sobre el cuidado en Bogotá durante el periodo 2000-2015*. Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional Colombia. En: *Trabajo Social* (19), pág. 103–121.
- Tsing, A., Swanson, H., Gan, E., & Bubandt, N. (Eds.). (2017) *Arts of Living on a Damaged Planet: Ghosts and Monsters of the Anthropocene*. MINNEAPOLIS; LONDON: University of Minnesota Press.
- Ulloa, Astrid (2017) *Cuidado y defensa de los territorios-naturalezas. mujeres indígenas y soberanía alimentaria en Colombia*. En: Markus Rauchecker y Jennifer Chan (eds.): *Sustentabilidad desde abajo. Luchas desde el género y la etnicidad*. Buenos Aires CLACSO, pág. 123–142.

